

Aunque falta la oficialización final, ha terminado un proceso electoral descolorido, insulso y cargado de apatía. El desánimo ya estaba instalado previo al momento de votar en segunda vuelta, y tampoco parece que vaya a irse con el resultado. Ni hubo fiesta electoral, ni parece que habrá motivo para la esperanza en los próximos años. Sí habrá “luna de miel” de los nuevos gobernantes con muchos sectores: la prensa, los empresarios, los arribistas, la misma población. Pero más temprano que tarde, también eso va a terminar.

La desesperanza, por la gigantesca cantidad de problemas estructurales e históricos sin resolver, no se transforma mediante el proceso y el resultado electoral. Eso está más que claro.

Y este es el momento para acentuar una llamada importante: la democracia auténtica, la verdadera, la profunda, la que verdaderamente impacta en la vida de la gente, esa no se construye en las papeletas, en los candidatos, en los resultados, en la elección de nuevo presidente y nuevos diputados. Reconocer esto, y construir procesos de aprendizaje, basados en el compromiso y en la experiencia real y concreta, constituye un camino más dirigido hacia los cambios.

Llamemos democracia profunda a ese sistema que no se basa exclusivamente en la práctica de la representación, como ahora que pareciera que el nuevo presidente “nos representa”. La profundidad de una democracia se va haciendo mediante la participación comprometida de las distintas expresiones organizadas. Participar es “ser parte” de las dinámicas de análisis, de construcción, de auditoría, de transformación de estructuras y creencias. Es “más ciudadano” un adolescente que es parte de una organización en la que se aprende sobre la comunidad, en la que se realizan acciones para incidir en la población, en la que se crea un sentido organizativo de cara a “ver qué hacer por la comunidad”, que miles y miles que, con una superficial emoción, “cumplen con su deber ciudadano” de ir a votar. Cuando la ciudadanía se reduce a ese momento, dejando la responsabilidad a las nuevas autoridades, pareciera que dejamos que la democracia funcione en manos de otros.

LA DEMOCRACIA PROFUNDA NO SE REDUCE A VOTACIONES

Carlos Aldana Mendoza
Coordinador Regional de Programas

Esa es una democracia light, que cada cuatro años nos demuestra su propia futilidad. Otra vereda que nos lleva a la democracia profunda es aquella que se transita cuando el interés por la política, nos lleva a comprenderla mejor. Pero también nos lleva a asumirnos como sujetos políticos en todo el sentido de la palabra (de nuevo, sin creer que eso solo ocurre en los partidos). Desde grupos, organizaciones, hasta comités políticos y, por supuesto, partidos, se trata de que en los próximos cuatro años, adolescentes y jóvenes puedan vivir procesos políticos desde la experiencia y la reflexión organizada. Nos urge una nueva política, en esto hay más esperanza y posibilidades que en depositar nuestra confianza absoluta en las nuevas autoridades.

En las últimas semanas, los estudiantes de la Universidad de San Carlos han causado una llamada de atención sobre la problemática de la única universidad pública y algunas situaciones de la vida nacional. Este es un acto político profundo y con influencia en nuestra realidad. Sin involucrar urnas, este esfuerzo estudiantil es un aporte para la profundización de nuestra democracia.

Esperemos también que la auditoría social y el involucramiento en la observación política del desempeño de las nuevas autoridades, nos permita ser las y los ciudadanos que ayudan a cambiar la realidad. Centenares de voluntarios se prestaron para ser “observadores electorales”. Necesitamos miles para ser “observadores políticos”. ¿Pasaremos de ser invitados a la fiesta electoral a participar en los procesos profundos de cambio político en el país?

Puede que este momento no sea de regocijo. Puede que sea de profunda preocupación, incluso de temor. Hablar de terrorismo sin tomar posesión, no augura cosas buenas para la construcción de una nueva cultura política. Pero el desánimo y la preocupación solo pueden ser enfrentadas con esfuerzo político profundo, con compromiso, con visión de mediano y largo plazo. Con esperanza de que en las nuevas generaciones se incube la nueva política. Esa que vea hacia la gente. Y camine con ella.